

mente la irreligion y la incredulidad. Un cuerpo tan vano y orgulloso que se desdeña de hacer causa comun con los otros ciudadanos, no puede tener apoyo alguno sólido. Los sacerdotes ambiciosos y turbulentos desagradan y ofenden igualmente á los soberanos y á los súbditos. Los maestros y directores codiciosos y corrompidos pierden la confianza y el amor de los pueblos. Los doctores sin ciencia, y solo en el nombre, serán siempre despreciables á los ojos de las personas ilustradas. En fin, los sacerdotes favorecedores del despotismo y de la tiranía no dejarán algun día de ser ellos mismos oprimidos y sojuzgados por los déspotas y tiranos; y como Ulises en la cueva del Cíclope no tendrán mas ventaja que la de ser devorados los últimos (1).

(1) Los Jesuitas que, durante dos siglos, formaron una sociedad temible á todo el universo por su poder, su crédito, sus intrigas, y sus riquezas, fueron constantemente las trompetas de la intolerancia, los favorecedores de la ignorancia y los aduladores del despotismo. Un Jesuita, confesor de Luis XIV, sosegó su conciencia acerca de un impuesto que el Monarca mismo tenia por injusto y pesado, diciéndole *que era dueño y señor de los bienes de todos sus vasallos*. En castigo de una máxima tan odiosa hemos visto destruida la Compañía de los Jesuitas sin oposicion alguna en toda Europa, y ocupados sus bienes é inmensas riquezas por los Principes.

Neque enim lex æquior ulla est;

Quàm necis artifices arte perire suã. Ovid.

Esta doctrina Jesuitica fue resucitada en Francia, con motivo de la destruccion de los Parlamentos en 1771 por el abate *Du Bault*, cura párroco de *Epiais*, el cual vino espresamente á Paris de lo interior de su provincia para predicar que los Fran-

CAPITULO VIII.

Deberes de los ricos.

Las riquezas dan y deben dar á los que las poseen un lugar distinguido entre sus conciudadanos. El hombre rico es, por decirlo así, mas ciudadano que otro; su opulencia le pone en estado de dar á sus semejantes los socorros que no puede prestar el pobre; y está unido á la sociedad con mayor número de vínculos que le obligan á interesarse mucho mas en la suerte de ella, que no el pobre, el cual no teniendo nada, ó teniendo poco que perder, debe interesarse menos en las revoluciones que ocurrieren en su país. El que solamente vive de su trabajo y sudor, no tiene, propiamente hablando, patria determinada, puesto que se halla bien donde quiera que encuentra medios de subsistir; en vez de que el hombre opulento puede ser útil á muchas personas,

ceses eran esclavos, y que su Rey era dueño y señor de los bienes, de las personas y de la vida de sus súbditos. *Journal historique de la révolution opérée dans la Monarchie Française*, etc. tom. 2. pag. 47.

En general los gefes del clero de Francia mostraron la mas reprehensible alegría al tiempo que los procedimientos del mas horrible despotismo destruyeron y anularon los tribunales de su país. Como es que los ministros de la religion son casi siempre los enemigos de la libertad de las naciones, cuando en esta libertad son ellos mismos los mas interesados!

hallándose en disposicion de ayudar á su patria, á la cual se halla íntimamente unido en razon de sus haciendas y posesiones, cuya conservacion depende de la conservacion de la sociedad. Mientras que en el asedio de Corinto los habitantes rechazaban al enemigo por todos los medios posibles, Diógenes, burlándose de su inquietud y miedo, se divertia en rodar su tonel.

No nos admiremos de ver que en casi todos los países las leyes, los usos y las instituciones, por lo comun injustas y crueles para con los pobres, sean mas favorables á los ricos, y muestren una parcialidad visible con los que favorece la fortuna. Los grandes, los poderosos y los opulentos debieron comunmente ser preferidos á los pobres, los cuales son tenidos por menos útiles á la sociedad. Sin embargo, estas leyes y estos usos son evidentemente injustos en permitir á los felices de la tierra oprimir y arruinar á los débiles y miserables. La equidad, que suple y remedia la desigualdad de los hombres, ha debido enseñar á los ricos á que respeten la miseria del pobre; el rico no sería miserable, y faltándole estos socorros no se veria mucho mas infeliz y desgraciado que el pobre mismo?

Así la justicia, de acuerdo con la humanidad, con la compasion y con todas las virtudes sociales, enseña al hombre rico á ver en el pobre uno de sus asociados, necesario á su propia

felicidad, y de cuyos socorros debe hacerse merecedor, facilitándole en cambio de sus trabajos los medios de subsistir, de conservarse y de ser feliz en su estado. De este modo la vida social tiene á los hombres en una mutua dependencia. He aquí como los grandes necesitan de los pequeños, sin los cuales serian ellos bien pequeños y miserables. El opulento, para gozar de la abundancia, de los placeres y de las comodidades de la vida, necesita de los brazos y de la industria del pobre, á quien su miseria le hace laborioso, activo é industrioso. En una palabra, la menor reflexion nos persuade que en la sociedad todos los miembros estan recíprocamente enlazados con nudos indisolubles, que ninguno puede romper sin dañarse á sí propio; asimismo debemos conocer que ningun ciudadano tiene derecho de menospreciar á los otros, de abusar de su flaqueza ó de su indigencia, de tratarlos con altanería ó con dureza; la justicia, en fin, nos muestra que el rico está siempre y de continuo interesado en hacer bien, so pena de ser despreciado y aborrecido, si no cumple con su destino en la sociedad. El ciudadano, á quien la sociedad dispensa mas grande suma de felicidad, debe mucho mas á esta sociedad que no los desgraciados é infelices á quienes esta olvida ó desatiende.

Los ricos pueden ser comparados á los manantiales, rios y arroyos que distribuyen sus aguas á las tierras áridas, haciéndolas producir

plantas y frutos. El rico avaro se asemeja á los rios cuyas aguas se sumen y pierden en la tierra. El rico pródigo obra como los rios que saliendo de madre, se derraman por los campos sin fertilizarlos. En fin, siguiendo la comparacion, las riquezas mal adquiridas y lócaamente prodigadas son como los torrentes y avenidas que destruyen los terrenos por donde pasan, y al cabo dejan seca la madre que formaron con tanta violencia y estruendo.

Estas reflexiones nos sirven para determinar nuestro juicio y dictámen sobre lo que la mayor parte de los moralistas han dicho de las riquezas. Los mas de los sabios las han reprobado como unos obstáculos á la virtud, como unos medios de corrupcion, como el manantial inagotable de un sinnúmero de necesidades imaginarias que nos sumergen en el lujo, en los deleites y en la molicie; han dicho que endurecen el corazon, y nos hacen injustos; en suma, que nos alejan y distraen de la investigación de las verdades necesarias á la sólida felicidad de un ser inteligente. Este es, en general, el juicio que los antiguos filósofos han formado de la opulencia, considerándola como el mas peligroso escollo de la virtud. Oigamos por un momento á Séneca, el cual, en el seno mismo de las riquezas, se atreve á satirizarlas.

« Desde que las riquezas, dice, (1) han

(1) Séneca, Epist. 115.

» sido

« sido apreciadas de los hombres, y se han
« hecho en cierto modo la medida de la
« consideracion pública, el gusto de las cosas
« verdaderamente honestas y laudables se ha
« perdido enteramente. Todos nos hemos con-
« vertido en unos mercaderes de tal modo
« corrompidos por el oro, que ya no pregun-
« tamos de que utilidad puede sernos una cosa,
« sino de que ganancia ó provecho; el amor
« de las riquezas nos hace alternativamente
« hombres de bien ó pícaros, segun que lo
« exige nuestro interes ó nuestra situacion....
« En fin, las costumbres han llegado de tal
« suerte á depravarse, que maldecimos la po-
« breza, y á nuestros ojos es infame y des-
« honrosa, digna del desprecio de los ricos
« y del aborrecimiento de los pobres ».

Platon decididamente asegura que *es imposible ser á un mismo tiempo rico y hombre de bien, y que no habiendo verdadera felicidad sin virtud, los ricos por lo tanto no pueden ser realmente felices* (1). Los moralistas nos pintan ademas las inquietudes que acompañan continuamente á la opulencia, y que emponzoñan su posesion tan deseada de los hombres, demostrando ademas que son el instrumento de todas las pasiones. Mas, como dice Bacon, *las riquezas son el bagage de la virtud; el bagage es necesario en un*

(1) Plato, de legibus, lib. 5. pag. 742. E. et 743. A. B. tom. 2. Edit. Henr. Stephani, ann. 1578.

ejército, aunque alguna vez suele retardar sus marchas, y hacer que se pierda la ocasion de alcanzar la victoria.

Para reducir estas opiniones á su justo valor, nosotros diremos que en sí mismas las riquezas no son nada, ni tienen mas valor que el que las den sus poseedores. Un lecho dorado no alivia al enfermo, ni los bienes cuantiosos hacen sabio á un necio. *La abundancia y la indigencia, dice Montaigne, dependen de la opinion de cada uno, y lo mismo las riquezas que la gloria y que la salud, no tienen mas precio ni valor que el que les atribuye quien la disfruta.* (1) En manos de un hombre sabio, humano y liberal, la opulencia es evidentemente el manantial de los mayores bienes y de un contento que se renueva tantas veces como las ocasiones de ejercitar las buenas disposiciones del corazon; y al hombre sensible, cuya alma se deleita en hacer felices, en ser útil á su patria, en esparcir sus beneficios sobre todo el género humano, no le causarían embarazo todas las riquezas del Perú ó Potosí, si todas fuesen suyas. Diremos que lo que ordinariamente hace molestas al hombre de bien y compasivo la pobreza y la medianía, es la imposibilidad en que le constituyen de satisfacer los deseos de su grande alma, la cual querría aliviar á todos los infelices y desgraciados que la suerte le ofrece,

(1) *Essais de Montaigne*, lib. 1. cap. 40. pág. 198. tom. 2. Edic. de 1745.

animar y fomentar los talentos útiles á sus conciudadanos, y enjugar las lágrimas de los que están oprimidos del infortunio y la miseria; en poder del hombre virtuoso y benéfico, los tesoros de Crespo nunca servirían de obstáculo á su felicidad. « Si te aprovechases de las lecciones de la sabiduría, dice Plutarco, vivirás en todas partes sin disgusto, y serás feliz en tu estado: la riqueza te dará placer, porque tendrás mayores medios de hacer bien á muchos; la pobreza, porque te harás con menos inquietudes y sobresaltos; la gloria, porque te verás honrado; la oscuridad, porque serás menos envidiado. (1) Con la virtud, dice en otra parte, todo género de vida es agradable. Tu estarás contento con tu suerte, cuando hayas conocido bien en que consiste la rectitud y la bondad. »

Es preciso convenir en que raras veces las riquezas se encuentran en manos de personas de esta naturaleza; la opulencia casi nunca está unida á los grandes ingenios, ó á las grandes virtudes; (2) por lo comun la fortuna ciega se complace en colmar de dones á sus favorecidos, que no saben usar de ellos ni para su propia felicidad ni para la de los demas, en fin, hay muy pocas gentes á quienes anime un alma fuerte, capaz de sostener el peso de una

(1) Plutarco, *De virtute et vitio*.

(2) *Rarus sermè census communis in illa fortuna.*
Juvenal, *Satyr.* 8. vers 72.

grande opulencia. (1) *El oro decía Chilon, es la piedra de toque del hombre.*

Mas esto no debe sorprendernos: las riquezas de la mayor parte de los hombres son ó el fruto de sus propios trabajos, de sus intrigas y de sus bajezas, ó bien las heredan de sus antepasados: en ambos casos es bastante difícil que las riquezas caigan en manos verdaderamente capaces de hacer de ellas un uso conforme á la razon. (2) Los que trabajan y se labran su fortuna, no tienen ni tiempo ni deseo de cultivar su alma y su entendimiento; únicamente ocupados en cuidar de sus negocios, ni tienen ni pueden tener idea alguna de las ventajas que les resultarian de la cultura de sus facultades intelectuales. Por otra parte, los hombres, cuando están

(1) *Infirmi est animi pati non posse divitias.* Séneca Epistol. 5.
— Plutarco observa sabiamente que así como no todos los temperamentos pueden resistir los efectos del vino, del mismo modo no todos los espíritus son capaces de una grande riqueza, sin embriagarse con ella y perder la razon.

Plutarco, vida de Luculo.

(2) *Dives aut iniquus, aut iniqui hæres.* S. Hieron. El rico es regularmente injusto, ó heredero del que lo ha sido. — « Muchos malvados, dice el poeta Theógnides, se hacen ricos, y muchos hombres de bien viven siempre pobres; mas nosotros no cambiariamos nuestra virtud por sus riquezas, porque la virtud siempre se posee, al paso que las riquezas mudan continuamente de dueño ». *Poete Greci minores.*

A Sylva, que se vanagloriaba de su virtud, le dijo uno: Ah! como has de ser tú virtuoso, tú que no habiendo heredado de tu padre cosa alguna, te encuentras poseedor de tan inmensos bienes? Plutarco en la vida de Sylva. Un proverbio vulgar dice: *Nuestros padres á pulgadas, y nosotros á brazadas.*

dominados del deseo de las riquezas, son regularmente poco delicados encuancto á los medios de conseguir las. *Toda ganancia dice Juvenal, gusta y complace, sea cual fuere su origen* (1).

Para lograr fortuna se necesita una conducta tan baja y rastrera, que los hombres de bien resisten y difícilmente se prestan á los medios que no cuestan nada á los que aspiran á enriquecerse á cualquier precio. En fin, nada es mas difícil que el adquirir grandes riquezas sin cometer grandes maldades. De aquí se deduce que la penosa ocupacion de labrarse uno á sí mismo su fortuna, es harto incompatible con la observancia escrupulosa de las reglas de la moral. La fortuna, si parece ciega en la distribucion de sus favores, es porque los hombres dignos de ellos no quieren comprarlos al precio que los vende. *Tan fácil le es al sabio enriquecerse, decía Thales, como difícil que desee ser rico.*

« Solas las almas justas y buenas, dice Homero, pueden ser fácilmente curadas de sus enfermedades ». La moral inseparable siempre de las reglas inmutables de la equidad, no tiene preceptos capaces de reprimir á los hombres codiciosos, sin honor y sin probidad, que solo tratan de enriquecerse; sus lecciones parecerian ridiculas é importunas, si con noble osadía se dirigiesen á los inicuos cortesanos, á los

(1) *Lucri bonus est odor ex re quædilet.*

Juvenal. Satyr. 14. vers. 204.

cruels exatores , á esos infames publicanos que se ceban con la sangre de los pueblos, y sacian su sed con las lágrimas de los infelices. La equidad natural no seria escuchada de aquellos que están creidos que la voluntad de los príncipes hace justa la rapiña ó el robo , ni de esos hombres duros é inflexibles que fundan su interes en la desgracia de sus semejantes.

Tampoco prestarian oídos á los consejos y preceptos de la moral aquellos comerciantes , cuyas ganancias , aun las mas lícitas y permitidas por el uso y las leyes, no todas son igualmente conformes á la justicia y probidad : el mercader es regularmente juez y parte en su propia causa , y esto le hace inclinar la balanza al lado de su interes particular ; este interes le sugiere por lo comun mil sofismas que no tiene tiempo ni deseo de examinar con atencion. En suma , es menester mucha fortaleza y mucha virtud para que un comerciante no caiga en la tentacion de aprovecharse ya de las necesidades , ya de la ignorancia y sencillez de sus conciudadanos. En general , la moral , sea ó no atendida , dirá siempre á los hombres que sean justos , que repriman su codicia , que respeten la buena fe , que teman no llegue un dia en que se avergüecen de una fortuna adquirida á costa de la conciencia y de la probidad , porque en su posesion sufririan el torcedor continuo de un remordimiento importuno ó los efectos de la indignacion pública , la deshonra y la afrenta.

Cuando la opulencia es fruto del trabajo de los antepasados , es todavia mas dificil que un heredero haya aprendido el arte de usar bien de ella. ¿ Como unos padres faltos de buenos principios , y destituidos de virtudes podrán inspirárselas á sus hijos ? La educacion de las personas opulentas no aspira comunmente á formar discípulos de corazon justo , sensible y benéfico : ademas que con dificultad consigue aficionarlos al estudio y á la reflexion. Los padres , ignorantes y poco afectos á la virtud siempre dejarán sus bienes á hijos que se les parezcan. Los avaros , los usureros , los estafadores , los monopolistas , los cortesanos , los que manejan las rentas públicas ¿ serán todos estos capaces de inspirar á sus descendientes pensamientos nobles y generosos , incompatibles con los medios de enriquecerse ? Ademas los padres codiciosos no saben ni aun enseñarles á conservar las riquezas que heredan ; así vemos constantemente que la opulencia mas enorme llega raras veces á una tercera generacion ; la locura de los hijos disipa en poco tiempo los tesoros acumulados por la injusticia de los padres. El hijo de un cort sano ó de un hombre de ánimo abatido , ¿ apreciará acaso la virtud ? Un padre fastoso y vano , sumergido en el lujo y la disolucion ¿ se dignará ocuparse en formar el alma de su hijo , mostrándole el modo de usar bien de los bienes que algun dia heredará ? Por último , el hijo de un hombre que nada en la

abundancia ¿ tendrá ni inclinacion ni deseo de adquirir por sí mismo la moderacion, la dulzura, las virtudes, los talentos y los conocimientos que le hagan un día feliz? Los hijos que nacen en el seno de la opulencia, no son por lo comun otra cosa que unos delirantes, que se les figura que todo les está permitido. *La hartura, dice Theógnides, produce la ferocidad.* (1)

Las fortunas enormes, las riquezas inmensas acumuladas en pocas manos, son indicios de un gobierno injusto, que procura poco la subsistencia y la felicidad del mayor número de sus súbditos. Cien familias con comodidad y medianía son mas útiles al estado que no un rico avaro ó mezquino, cuyos tesoros escondidos fomentarian la actividad de una provincia entera. Las riquezas bien repartidas producen el bien y la

(1) Plutarco observa, hablando de Sylla, que las riquezas produjeron en él un trastorno general, haciéndole feroz y cruel; y por esto dice este filósofo: « El dió motivo de condenar los grandes honores y las grandes riquezas, y de imputarlas que no permiten á los hombres el conservar sus primeras costumbres; sino que engendran en sus corazones la vanidad, el orgullo, la inhumanidad y la insolencia ». Plutarco, vida de Sylla. Los mas de los ricos se hacen aborrecer de los pobres, no solo por la envidia que excitan en ellos, sino aun mas por el mal que sin motivo alguno les causan, y por las incomodidades que les ocasionan. En las grandes ciudades sobre todo, el pueblo se ve de continuo impedido y embarazado en sus mas necesarios trabajos por los trenes y equipages de los grandes y ricos ociosos, que con la precipitacion que llevan siempre, huyendo del continuo fastidio que les ocupa, atropellan y echan por tierra impune y tranquilamente á cuantos infelices encuentran al paso.

felicidad de un estado; ellas aumentan la industria y conservan las costumbres, que la grande opulencia, lo mismo que la grande miseria, corrompen y destruyen. La inmensa fortuna embriaga al hombre, y le entorpece enteramente. *Los magníficos vestidos, dice Demófilo, son embarazosos al cuerpo, y las grandes riquezas al alma.* Por otra parte, una grande pobreza, como veremos muy pronto, estimula frecuentemente al crimen. No hay pais en donde se hallen ni tantos particulares ricos, ni tantos malhechores como en las naciones opulentas. Thales decia que « la república mejor ordenada es aquella en que ninguno es ni muy pobre ni muy rico ». El estado de medianía fue siempre el asilo de la probidad. El gobierno es muy imprudente y culpable, cuando inspira á sus súbditos una pasion desenfrenada á las riquezas, y destruye en ellos de este modo todo pensamiento de honor y de virtud.

El filósofo Crates esclamaba: *O hombres! adonde os precipitais afanados por acumular riquezas, al mismo tiempo que descuidais la educacion de vuestros hijos á quienes debéis dejárselas! Nada modifica mas poderosamente á los hombres que la educacion, el ejemplo, la instruccion y las máximas de que los padres les dan los primeros impulsos. No es de admirar que se encuentren en las naciones infestadas del lujo, de la dissipacion y de la corrupcion de las costumbres,*

tantos ricos faltos enteramente de las dotes necesarias para hacerse felices por medio de las riquezas, y mucho menos dispuestos todavía á procurar el bien de los demas. El fausto, la ostentacion, la necesidad de *vivir segun su estado*, altamente ponderada por la vanidad, los enormes dispendios que cuestan los raros y esquisitos deleites, hacen que al hombre mas opulento no le quede nunca sobrante alguno: los mas cuantiosos bienes apenas le bastan para satisfacer todas las necesidades que su vanidad y el hastio de los placeres ordinarios crean en su imaginacion. No hay tesoros que sufraguen á los caprichos y extravagancias sin número que producen el lujo, la disipacion y el fastidio: las rentas de los reyes apenas podrán apagar la sed inestinguible de una fantasía caprichosa.

El fastidio, como ya hemos debido convencernos, es un verdugo que á nombre de la naturaleza castiga siempre y perpetuamente á los que no han aprendido á regular sus deseos, á vivir útilmente ocupados, y á usar con economía de sus placeres y recreos. ¿Porque vemos siempre á los grandes y á los ricos inquietos y agitados? Porque en el seno mismo de los honores, de la fortuna y de los placeres no gozan de nada; porque agotadas ya por ellos todas las diversiones y entretenimientos, seria menester que la naturaleza crease en su obsesivo nuevos deleites, y nuevos sentidos. Opípara mesa, placeres sensuales, espectáculos,

gustos y placeres diferentes, nada los estimula ni interesa (1): nada los saca de su profundo sueño; en medio de las fiestas y diversiones mas bulliciosas el fastidio los asalta, y la imaginacion los atormenta persuadiéndoles que el placer se halla siempre donde ellos no se encuentran. De aquí esa agitacion, esa inquietud convulsiva que se advierte comunmente en los príncipes, los grandes y los ricos; parece que pasan su vida corriendo en busca de los placeres, sin gozar jamas de los que tienen á su vista: « El uno, dice Lucrecio, deja su magnífico palacio por distraerse del fastidio; mas pronto se arrepiente, porque ni es mas dichoso, ni está mas tranquilo fuera de él: el otro huye precipitadamente á sus haciendas de campo, como quien corre á apagar un incendio; mas apenas pone el pie en ellas cuando ya siente y padece un mortal fastidio..... y con la misma precipitacion vuelve á tomar el camino de la ciudad » (2).

Vivir útilmente ocupados, y hacer bien á sus

(1) *Ipsae voluptates eorum trepide, et variis terroribus inquiete sunt; subitque, cum maxime exultantes, sollicita cogitatio: haec quandiu?*

Séneca, de brev. vite, cap. 16.

(2) Lucrecio, lib. 3. — « Yo creia en otro tiempo, ó Fancias! » (dice Menandro por boca de un actor) que los que no se hallan necesitados á busear la vida, gozaban de un dulce y tranquilo sueño, y que jamas esclamaban: ¡Cuan infeliz y desgraciado soy! Yo pensaba que solo el pobre dormia sin quietud en su lecho. Mas ahora veo que vosotros, que pasais por felices, no lo sois mas que nosotros ».

semejantes son los únicos medios de evitar el fastidio que atormenta á tantos ricos , para quienes no hay placeres en la tierra. Los placeres de los sentidos se agotan ; la satisfaccion pueril que puede dar la vanidad , desaparece cuando es habitual ; mas los placeres del alma se renuevan á cada momento , y el gusto inesplicable que resulta de la idea de la felicidad que por nuestra causa otros disfrutan , es un deleite libre de alteracion y fastidio. *Ocupaos en hacer felices para que lo seais* ; he aquí el mejor consejo que la moral puede dar á los ricos.

Aristóteles , hablando de las riquezas , dice que *unos no usan , y que otros abusan de ellas*. ¿ Cuan feliz seria el hombre rico , si supiera aprovecharse de las ventajas que la fortuna le concede ! ¿ Como el fastidio le asaltaria nunca , si con una alma tierna y sensible poseyese un entendimiento ilustrado ? Todo se cambiaria en placeres para el rico piadoso y benéfico. Enjugar las lágrimas del infeliz , ocurrir con socorros y consuelos á una familia afligida , reparar las injusticias del destino cuando este oprime al mérito desgraciado , recompensar liberalmente los servicios recibidos , desenterrar y dar á la luz pública los talentos sumidos en el abismo de la miseria , estimular el ingenio á útiles descubrimientos , saber gozar en secreto del placer de hacer felices sin descubrir al bienhechor , inspirar consuelo y alegría al corazón de un amigo angustiado , dar ocupacion y sub-

sistencia á la pobreza laboriosa con trabajos útiles á la patria , animar al desalentado labrador , merecer el tierno afecto y las bendiciones de los que le rodean ; hé aquí los medios seguros de disfrutar placeres durables y distintos , de calmar la envidia que causan siempre las riquezas , y aun de hacer perdonables los caminos y arbitrios con que las adquirieron tal vez los injustos predecesores. Los descendientes virtuosos pueden lograr que se dé al olvido el origen impuro de su opulencia : la indignacion y la envidia enmudecen á vista del buen uso que el hombre de bien sabe hacer de sus riquezas ; este se hace feliz en merecer la aprobacion y el aplauso de sus conciudadanos (1).

(1) La antigüedad nos presenta , en Plinio el jóven , un ejemplo interesante de lo que puede la opulencia compasiva y benéfica. Este grande hombre se muestra en sus cartas ocupado de continuo en favorecer á sus amigos y á cuantos le rodean : al uno le perdona sus deudas ; á otro le paga las que tiene : aumenta la dote de la hija de un amigo difunto , para que de este modo encuentre un casamiento ventajoso ; vende una posesion en menos de su valor para favorecer ocultamente á un sugeto á quien ama ; á otro amigo suyo le pone en estado de vivir independiente y con reposo hasta el fin de sus dias ; funda una biblioteca en Como , su patria , y ademas una casa para asilo de huérfanos. En fin , él nos enseña con su ejemplo que una sabia economia , aun mas que su riqueza , le facilitó el medio de cumplir con su benéfico natural. *Véanse las cartas de Plinio*.

Iguales disposiciones hallamos en Gilias , ciudadano de Agrigento , el cual , segun Valerio Máximo , no se ocupó en toda su vida sino en usar de sus inmensas riquezas en favor de sus conciudadanos. El dotaba á las doncellas pobres : acudia al socorro de todos los infelices ; ejercia la hospitalidad indistintamente

En los campos es donde principalmente los ricos, lejanos de la pestilente atmósfera de las

con todos los extranjeros; traía toda especie de provisiones á su patria en tiempos de escasez; en una palabra, las riquezas de Gilias eran el patrimonio comun de todos los hombres, *Valerio Máximo, lib. 4. Cap. 8.*

Compárese la conducta de estos ricos con la de una multitud de millonarios estúpidos de nuestros dias, que solo se ocupan en inventar locuras y caprichos para disipar su fortuna, ó en hallar medios de aumentarla. Los traficantes siempre codiciosos, los monopolistas cebados con las públicas calamidades, los ricos entregados á la disolucion, los hombres enteramente dados al lujo; nunca jamas se cuidan del bien publico, en el cual no se creen de modo alguno interesados. ¡Que idea formará la posteridad de nuestro siglo, cuando sepa que en medio de París, de la capital de un reino opulento y poderoso, donde el lujo levanta todos los dias monumentos tan costosos como inútiles, y entre tantas gentes que no saben qué hacer de su dinero, no se encontraban personas tan generosas que contribuyesen á la reedificación de las escuelas de medicina, que bajo sus ruinas hacia ya mucho tiempo que estaban amenazando sepultar á los maestros y á los discípulos de una ciencia tan útil! El arte de curar ¿es posible que no interesase y que se tuviese en nada por aquellos mismos que mas sugetos están á enfermedades? Los teatros y coliseos ¿son acaso monumentos mas importantes que la estancia y morada de los que velan por la salud de todos los ciudadanos? ¡Que ignominia esta para una Capital, que sustentando en la abundancia y en el lujo legiones de farsantes, de cantoras y de bailarines, nada queria hacer en favor de los estudios largos y penosos de los sabios mas útiles á la sociedad! Al paso mismo que la Opera sacaba anualmente quinientos ó seiscientos mil francos de un público desocupado y ocioso, la facultad de medicina no poseia de rentas sino mil y ochocientos francos; sus profesores apenas tenían salario alguno; y el pobre se hallaba en la imposibilidad de solicitar el ser agregado á un cuerpo que hubiera honrado con su aplicacion y su mérito, si hubiese tenido proteccion? ¡O Atenienses! que niños sois aun!

ciudades, hallarán ocasiones de hacer un bueno y honroso uso de su opulencia, y de mostrarse ciudadanos. Mas, acostumbrados regularmente al aire corrompido de las grandes poblaciones, al torbellino de los placeres frívolos y á los vicios que para ellos se han convertido en necesidades, los ricos miran las capitales como á su verdadera patria y domicilio, y se imaginan que están desterrados en sus haciendas y posesiones, á menos de no llevar consigo los desórdenes, el bullicio y las funestas diversiones á que ya están habituados. Sin esto los rústicos placeres y la hermosura de la naturaleza les parecen insípidos; y es que los míseros ignoran el placer de hacer bien

Sin embargo, estos placeres son mas sólidos y mas puros que no los que sacian su vanidad. ¿Puede ser comparada con ellos la fútil ventaja de llamar la atencion del vulgo con trages, trenes, libreas, muebles y adornos costosos, y con todo el vano y despreciable aparato que tanto aprecia el lujo? El rico injusto ¿puede gloriarse de merecer la estimacion pública ostentando con insolencia á los ojos de sus pobres conciudadanos una magnificencia insultante? Temerosos de excitar la indignacion general, estos hombres que se sacian y ceban con la sustancia de los pueblos, ¿no harian mejor en ocultar del público una opulencia comprada con iniquidades y delitos? El amor propio de estos favorecidos de Pluto ¿puede acaso cegarlos

hasta el extremo de creer que una nacion oprimida porque ellos sean ricos , los perdonará la impudencia con que se atreven á ostentar el fruto de sus robos ? No : los aplausos y rendimientos de los aduladores y de los gorristas que rodean su mesa , no les persuadirán jamas que tienen mérito ; jamas acallarán las acriminaciones y remordimientos de una conciencia atribulada ; su fausto y sus convites solo les darán envidiosos , mas no les grangearán amigos. Los convidados del que se ha enriquecido á costa del público , le ayudarán á consumir sus bienes ; pero no le quedarán ni agradecidos ni obligados , porque miran los dispendios del rico como un deber , como una restitucion hecha á la sociedad , que á nombre de esta reciben los aduladores parásitos. El hombre vano y orgulloso no son amigos los que tiene , son lisonjeros mentirosos , dispuestos á volverle la espalda tan pronto como le falten las riquezas de que son partícipes (1).

Nos admiramos de que los grandes y los ricos se vean abandonados de todo el mundo luego que la fortuna los abandona á ellos ; pero mas seria de admirar el que sus pretendidos amigos obrasen de otro modo. El rico ostentoso y pródigo lo es por su propia satisfaccion , no con

(1) Los viageros dicen que hay mahometanos que tienen escrúpulo de comer con los que se sospecha que han adquirido mal su fortuna. Un Califa de Bagdad se impuso á sí mismo la ley de no comer ni vestirse sino del producto de su trabajo.

relacion á los otros ; á su vanidad es á quien sacrifica su fortuna ; porque le aplauden y celebran derrama su oro á manos llenas ; y porque de este modo ejerce una especie de dominio en hombres abatidos é infames es por lo que él los convida á sus banquetes y festines ; así que estos con razon consideran satisfechas sus obligaciones con él , si le pagan su necedad con el humo de sus inciensos. Efectivamente , este mismo hombre que tiene la locura de gastar en un convite sumas que bastarian para sacar de la miseria á una familia entera , es bien seguro que no tendria valor de hacer un gasto mucho menor , que fuese oculto é ignorado. Tambien lo es que este mismo hombre tan generoso al parecer , y tan noble y franco con los aduladores que le cercan , no les daria secretamente en dinero el importe de su convite.

Ni la benevolencia ni el deseo de hacer bien son los verdaderos móviles de la ostentacion , ni la causa de la ruina de los pródigos : una reconcentrada vanidad hace en ellos por lo comun las veces de bondad , de afecto , de amistad y aun de amor. Nada es mas frecuente que ver á un hombre rico arruinarse por una prostituta , á la cual , en el fondo de su corazon , no profesa amor alguno ; él solo aspira á la gloria de desbancar á sus rivales , y de conseguir el triunfo de ellos á fuerza de dinero. Por otra parte , ¿ como un hombre semejante podria gloriarse de poseer el corazon de una muger que

carece de sensibilidad con el uso continuo del deleite, y que está dispuesta siempre á preferir al amante que mas la dé?

Los gustos comunmente ruinosos que los ricos codician, raras veces son verdaderos y sinceros; por lo comun están fundados en la vanidad, la cual los persuade que así serán tenidos por hombres de un gusto raro y esquisito, por hombres no comunes, por hombres muy opulentos y felices. Con solo este fin un hombre rico, que en realidad carece de todo gusto, reúne á veces una inmensa coleccion de curiosidades que ignora, de libros que jamas leerá, de pinturas cuyos autores y mérito desconoce (1). Sin embargo es preciso convenir en que el fastidio tiene comunmente tanta parte como la vanidad en los gastos inútiles que deshacen y arruinan las mayores fortunas; él es sin duda el que hace pagar muy caro los objetos

(1) Así vemos frecuentemente que los artistas de lujo, los diamantistas, los sastres, los modistas, los revendedores de pinturas, etc., son por lo comun unas gentes poco delicadas en sus ganancias: acostumbrados á tratar con necios y descabezados, ellos suelen ser unos picaros engañadores. Por otra parte, con el trato de los grandes y poderosos adquieren el hábito de la fatuidad. ¡Estas son las gentes que el lujo hace prosperar á costa y con perjuicio de los labradores y de los ciudadanos útiles! Júntense á estos las ramerás, las actrices, las encubridoras, las bailarinas y toda clase de viciosos y bribones, y he aquí el catálogo de las personas interesantes que la corrupcion de las costumbres hace prosperar y lucir; las que absorben las fortunas de los hombres mas opulentos, y las que obtienen muchas veces las recompensas del gobierno. *Menci, mimæ, balæthrones, hoc genus omne.* Horat. lib. 1. Satyr. 2. vers. 2.

que al instante disgustan, ó que á lo menos se miran como insípidos tan pronto como se poseen; al fastidio de los ricos se deben las producciones tan diferentes, tan variables, y algunas veces tan ridículas de la moda, que hacen perdonables al parecer todos los males que el lujo causa á las naciones.

Mas los consuelos pasajeros que da el lujo á las molestias y á la vanidad de algunos ricos ociosos, no deben ciertamente justificar los innumerables males que causa á los pobres, estos, á la parte mas numerosa de toda sociedad. El lujo solamente es ventajoso á sus mismos artifices; pero en cambio es dañosísimo á la clase verdaderamente útil y laboriosa de los ciudadanos. Lo que á un rico caprichoso le cuesta una obra magistral de pintura ó escultura, una soberbia tapicería, la talla y adorno de su palacio, un vestido bordado, una joya relumbrante é inútil, bastaria á veces para vivificar á muchas familias de honrados labradores, mucho mas necesarios al estado que no tantos artistas que solo sirven para recrear vanamente los sentidos. Enhorabuena, que el hombre de gusto admire las producciones sublimes de las artes, y haga justicia á los diversos talentos que recrean sus sentidos; mas el verdadero sabio, siempre sensible á las necesidades y aflicciones del mayor número, no podrá jamas preferir estas artes á las útiles y necesarias á la sociedad, que darian la subsistencia á millones

de infelices. Desmontar y hacer fértil una provincia para el bien de sus habitantes, secar pantanos y lagunas para dar salubridad al aire, cruzar canales que faciliten los transportes y riegos, son para un buen ciudadano objetos mas interesantes que los mas suntuosos palacios adornados con cuadros de *Rafael*, y con estatuas de *Miguel-Angel* en medio de los mas deliciosos jardines de *Le Nostre*.

Mas los ricos regularmente no están acostumbrados á ocuparse en hacer el bien que podrian al pueblo que desprecian; ellos prefieren el hacerle sentir el peso de su poder de un modo odioso y aborrecible; y lejos de disminuir la envidia de los pobres, hacen por irritarla con su conducta arrogante y tiránica. No parece sino que los hombres, á quienes la fortuna ha dado todos los medios de hacerse amables, solo se sirven de ellos para hacerse odiosos y aborrecibles. En vez de consolar y socorrer la miseria del pobre, los ricos solo parece que existen en la tierra para aumentar esta miseria: en vez de fertilizar los terrenos áridos y estériles, la opulencia y el poder se empeñan únicamente en destruirlos y asolarlos. ¿Puede ser el hombre feliz cuando no ve á su alrededor sino infelices y miserables? ¿Las riquezas pueden tener algo de lisonjero y halagüeño, cuando solo acarrear el odio y las maldiciones de los mismos de quienes pudieran conciliarlos la buena voluntad?

CAPITULO IX.

Deberes de los Pobres.

CON cuanta indignacion un corazon sensible mirará el lujo, al ver que endurece el alma de los príncipes, de los grandes, y de los ricos, forjándoles necesidades infinitas y siempre insaciables que les impiden consolar y socorrer las miserias de los pueblos, porque no les dejan sobrante alguno para hacerlo! ¿Con que ojos verá una sana política la averision que el lujo inspira á los ricos hácia la vida campestre que sus riquezas debieran reanimar? ¿No es forzoso que gima al ver esas campiñas que en vez de ser auxiliadas con brazos que las cultiven, se hallan despobladas por solo aumentar el número inútil de los criados de la indolente opulencia? En fin, ¿todo hombre de bien no ha de llenarse de dolor y sentimiento al ver que tantos sirvientes, corrompidos con el ejemplo de sus amos, comunican á las últimas clases de la sociedad la corrupcion y los vicios que han adquirido en las ciudades?

En un estado corrompido, las influencias del lujo, funestas para los ricos de quienes trastorna el juicio, se dejan sentir de un modo mas cruel todavía á los pobres, y á los que